

CIUDADES DEL LITORAL

BUENAVENTURA

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Si Buenaventura tiene alguna historia, es la de la lucha laboriosa y resignada hasta el escepticismo con la justicia de hombres y gobiernos; y es que esa "tierra enferma, áspera y muy lluviosa" de que ya empezaba a hablar don Juan López de Velasco, no ha tenido tiempo para hazaña distinta de la de sustentar varones de aflicción. Para muestra, su fundador, el Licenciado don Pascual de Andagoya, flamante Adelantado de la Provincia de San Juan, buscador de Dorados, como don Quijote de aventuras, que conoció el día de su adversidad aquel 14 de julio de 1540 cuando puso la planta en una isla "que los naturales nombraban 'Cascajal'"; y dejando a su Teniente don Juan de Ladrilleros con el encargo de fundar una villa, se adentró hacia el Raposo y el Anchicayá a correr el albur de una flecha en la garganta o la opulencia y señorío que Sus Majestades daban a quienes, como el Caballero cervantino confundían molinos con gigantes y mozas venteras con princesas encantadas. Y como buen Quijote, trayendo en los labios dos palabras que debieron sonarle a poemas —zimzy y yoló— regresó sin Dorado, molido de desdichas y cargado de desengaños. Pero igual que su modelo, seguido de muchos sanchos —venteros, cardadores, porquerizos— se lanza de nuevo en procura de chispas doradas que solo le brillaban en los ojos afiebrados y cuyo peso sentía en las largas noches de delirio.

Fue así como incurrió en el error de explorar una jurisdicción que no era la suya, pecado mortal ante rencillosos y legalistas competidores de descubrimientos y conquistas que hicieronle dar con los huesos en la cárcel de Popayán, y costándole además la pérdida de la esposa, doña Mayor Mejía, dama linajuda, natural de Santo Domingo, y que, fiel al ímpetu de la raza y a una época de heroísmos y locuras hermanados, siguió al Licenciado sin ventura con una brillante Comitiva de pajes y doncellas para fundación de una corte imposible. Bien pudo suceder que el clima de esa *tierra enferma, áspera y muy lluviosa*, que marchitó la vida en flor de doña Mayor y sus damas de compañía, también acabara con los encajes y primores de sus ropas, con todo el esplendor de atuendos y de haberes caseros.

Lo cierto es que doña Mayor vio deshechos sus sueños de grandeza; y la ciudad los suyos, de poder constar en el presente con una crónica de Oidores desdeñosos y emperifollados, solemnes como varas de justicia, celosos de blasones y empolvados árboles genealógicos. Con ella murió esa leyenda de divertidos pecados que fueron delicia de la época colonial y solo quedaron las palabras de Fray Jerónimo de Escobar, un tanto desabridas y vagas, que habla de la fundación como de "un puerto a donde llegan barcos desde la ciudad de Panamá, los cuales dichos barcos navegan ciento o ciento cincuenta leguas por el mar, que es llamado del Sur, hasta dar en este río; correrán estos dichos barcos por este río, hasta dar en el puerto, ocho leguas".

Y tan vagas como las anotadas, estas otras de Guillén Chaparro que datan de 1583: "El puerto de Buenaventura es al pie de la montaña, súbase al puerto por un río arriba, y este río entra en la mar del Sur".

Tal es, pues, junto con la relación de Andagoya, todo cuanto queda de una etapa histórica de heroísmos y sacrificios, de locuras y crueldades. Nada que merezca ni épica ni lírica evocación: Buenaventura es una historia silenciosa de una inmortalidad que, si advino, fue para aquellos que hicieron el antiguo camino de "Las Hojas", rompiendo la espesa selva para abrir el claro que se agrandaría al paso de otros miles de seres, tan anónimos como el primero que, saliendo del puerto, llegó a la calle de Lily; el arriero antioqueño que empujaba sus recuas bordeando precipicios, y el boga negro de rudas facciones que a fuerza de palanca remontaba el Dagua con el piano y la araña y las imágenes para el templo y todo el lujo señorial y la opulencia del peninsular o del indiano rico. Allí los varones de infortunio, moradores de la villa de San Juan de Ladrieros, que contra la adversidad sin tregua impusieron la voluntad de permanencia y ayuda, pendientes de la importancia futura de la localidad. Ni rigores de clima, ni insalubridad, ni monotonía, ni aislamientos lograron disuadir a estos hombres fuertes y perseverantes. Como lo anota el docto y vibrante autor de "*Litoral Recóndito*", aquellos hombres tuvieron visión clara del porvenir y se propusieron a costa de toda suerte de sacrificios, sentar las bases de la ciudad futura". Entre todos se destaca la silueta oscura del hombre del montón, que empujado por una lona y un palo, ancló y amarró en el manglar y armó una choza encima. Más tarde se le vio cabalgando el agitado oleaje de "La Bocana" con un bulto a las espaldas —vertebrados malecones de carne y hueso de lo que aun no era ciudad puerto— pero engrandeciendo, sin saberlo, una patria que le ha pagado con olvido, con indiferencia. El, y solo él, es la historia; oscura historia como la de otros que pasaron en silencio y por todo epitafio tienen la voz del viento, en bíblica salmodia: "Y con el fruto de sus manos, plantó una viña...".

Un gran negro, de la alcurnia de Robles y de Obeso, que la amó en su corazón, en su inteligencia, en su vida toda —Sofonías Yacup— escribió, como salmo de esperanza, estas palabras vigorosas de verdad: "La iniciación fue oscura y el porvenir impreciso para los zapadores de la primera etapa, que al domeñar el pantano letal y las complejas adversidades hicieron obra de fe, de esperanza y de fortaleza. ¡Loor a ellos!

Hoy la ciudad —morena cimbradora de ojos verde mar— se despeza; siente las agitaciones de la vida intensa, y estremecida despierta con las campanas y las perspectivas del progreso. Ya tiene muelles, parques, alumbrado eléctrico, un gran hotel, hospital y otros muchos factores confortables. Ha emprendido el camino de su culminación jerárquica y representativa; primer puerto y capital geográfica y comercial de los litorales colombianos del Pacífico. Las gentes bien orientadas tienen el deber de enseñar al pueblo que las fuerzas económicas guardan relaciones con las fuerzas morales conocidas; la perseverancia, el espíritu público, el trabajo y el ahorro.

La caleta y descarga, meras actividades portuarias, sujetas a las repercusiones e influencias de otros factores, no suministran las condiciones necesarias para convertirlas en elementos permanentes, sustento de la vida y la economía. Las industrias, las minas de Anchicayá y Raposo, y el Valle del Calina, que inmediato a la ciudad se abre como una promesa. invitan al esfuerzo productor a formar las reservas económicas del gran puerto futuro, al que tienen que robustecer la vereda y el corregimiento para su estabilidad...”.

En la hornaza del trópico se forja el concepto de un nuevo hombre, despreocupado, alegre, sin mayores complejidades ni repliegues psicológicos, con la sencillez heredada del abuelo marino de vela y volantín, amante del suelo nutricio en la medida que sabe amarlo quien lo ha hecho con sus propias manos y espera confiarle un día el cuerpo fatigado.

Asomada al agua quieta del mar del Sur, Buenaventura es como una Rebeca de finos y potentes flancos, atenta al ímpetu del progreso, saturada de esperanzas, ebria de canciones, con ese júbilo de los pueblos, que tienen fe en la vida. Nada deslumbra el impulso que la anima, afrontada a los cuatro puntos cardinales, multiplicándose en ellos como una rosa de los vientos, con su ambiente colmado de hálitos cosmopolitas, sus noches de guitarra y currulao; y el loco repicar de los tambores unido al ensordecedor estrépito de hierro y apoleas. A la distancia, donde un lírico dosel, sigue arrullándola con dulce y emocionado acento, un poeta que bajó de la montaña nativa, solo “por ver su mar y por jugar con él”, Abel Marín:

*Ciudad insomne y múltiple que te alzas sonriente
como una fuerza joven frente al azul del mar,
irguiendo, empenachado, sobre la adusta frente
el casco medusino de diosa tutelar.*

*Bajo el anillo férreo de tu corona ardiente
innúmera, la vida se escucha palpar.
Te adornan los jardines flotantes del poniente;
morena te hizo el beso del sol canicular.*

*Cantos de extraños ritmos saludan tu bahía,
ciudad que adivinara con intuición bravía
la tropa aventurera de un gran conquistador;*

*Quemado centinela del trópico magnífico,
hollarte podrá un día la mole del Pacífico,
pero jamás el casco brutal del invasor!*